El mensaje de Nochebuena

El 24 de diciembre, a las seis de la tarde, Nico llevaba cuarenta minutos mirando el mismo chat.

Arriba del todo, el nombre de Dani. Debajo, el último mensaje, de hacía cuatro meses: «Vale. Como quieras».

Desde entonces, nada.

Habían sido mejores amigos desde los seis años. Habían compartido mochila en las excursiones, contraseñas de videojuegos y hasta el miedo a la montaña rusa del parque, que ninguno de los dos se atrevió a admitir hasta los doce. Y luego, en verano, una tontería. Una foto que Nico subió sin preguntar. Una broma que a Dani no le hizo gracia. Un comentario de más. Un «pues vale» de menos.

Y cuatro meses de silencio.

—¿Vas a ayudarme o vas a seguir hipnotizado con el móvil?

El abuelo Andrés estaba en la puerta de la cocina, con el delantal puesto y las manos llenas de harina. Cada Nochebuena hacía sus galletas de canela, las mismas que hacía su madre en el pueblo, con una receta escrita a mano en una libreta que ya casi no se podía leer.

Nico guardó el móvil en el bolsillo.

—Voy.

Durante un rato trabajaron en silencio. El abuelo medía la harina a ojo, «como se ha hecho siempre», y Nico cortaba la masa con un molde de estrella que tenía más años que su padre.

—Este año sobran galletas —dijo el abuelo de repente.

—¿Por qué?

—Porque falta Dani.

Nico se quedó quieto, con el molde en el aire.

—¿Cómo sabes...?

—Porque llevas desde agosto sin nombrarlo, y antes no había frase tuya sin él. Uno es viejo, pero no tonto.

Nico suspiró y se apoyó en la encimera.

—Nos enfadamos. Una tontería, al principio. Pero luego ninguno escribió, y cuanto más tiempo pasaba, más raro era escribir. Ahora ya ni sé qué decirle.

El abuelo metió la bandeja en el horno y se limpió las manos en el delantal.

—¿Sabes por qué tengo esta libreta? —preguntó, señalando la receta.

—Porque era de tu madre.

—Porque era de mi hermano Julián. Mi madre se la dio a él, no a mí. Y Julián y yo estuvimos once años sin hablarnos.

Nico levantó la vista. Nunca había oído hablar de un tío abuelo Julián.

—¿Once años? ¿Por qué?

El abuelo se encogió de hombros.

—Ni me acuerdo bien. Algo de una herencia, de una palabra mal dicha en un entierro. Lo que sí recuerdo es que cada Navidad pensaba: «Este año le llamo». Y cada año encontraba una razón para no hacerlo. Que si le tocaba a él. Que si ya era tarde. Que si qué iba a pensar.

—¿Y qué pasó?

—Que un día le llamé. Por fin. Estaba en el hospital, ya muy malito. Hablamos tres tardes seguidas, como si no hubiera pasado el tiempo. Al final me dio esta libreta. Me dijo: «Tú siempre fuiste el que mejor las hacía».

El abuelo se quedó mirando el horno un momento.

—Once años, Nico. Por orgullo. Y tres tardes para arreglarlo. Las cuentas no salen.

La cocina se llenó de olor a canela. Nico sacó el móvil del bolsillo y lo dejó sobre la mesa, boca arriba.

—¿Y qué le digo?

—Lo que sea verdad. No hace falta un discurso. El orgullo se enfría más rápido

que las galletas, pero hay que darse prisa igual.

Nico abrió el chat. Escribió «Hola». Lo borró. Escribió «Siento lo del verano». Lo borró también. Al final hizo una foto de la bandeja que acababa de salir del horno, con las estrellas doradas todavía humeando, y escribió:

«El abuelo ha hecho las galletas de siempre. Sobran. Y te echo de menos. Lo de la foto estuvo mal, perdona».

Le dio a enviar antes de pensarlo más.

Un tic gris. Dos tics grises.

Los dos tics se quedaron grises un minuto entero. Luego cinco. Nico ayudó a poner la mesa, partió el pan, llevó los platos y miró el móvil once veces. Seguían grises.

—A lo mejor está cenando —dijo el abuelo, sin levantar la vista.

—A lo mejor no quiere contestar.

—A lo mejor. Pero tú ya has hecho tu parte. Lo demás no depende de ti.

A las nueve y cuarto, en mitad de la cena, el móvil vibró.

Nico lo cogió tan rápido que casi tira el vaso.

«Yo también fui un idiota. Lo de "como quieras" fue lo peor que he escrito en mi vida. ¿Mañana paso a por galletas? Y te debo una revancha en la consola».

Nico se rio solo, delante de toda la familia, y no le importó.

Al día siguiente, a las once, sonó el timbre. Dani estaba en la puerta, con las manos en los bolsillos y las orejas rojas del frío. Ninguno dijo nada durante dos segundos muy largos.

—Te he guardado las que tienen más canela —dijo Nico al fin.

—Más te vale.

Y ya está. Así de fácil, después de cuatro meses tan difíciles.

Esa tarde, mientras Dani y Nico discutían a gritos por un penalti, el abuelo Andrés se sentó en el sillón con la libreta de la receta en las manos. Pasó la página donde estaba escrito el nombre de su hermano y sonrió.

—Feliz Navidad, Julián —murmuró—. Esta vez no hemos llegado tarde.

Fin.

Preguntas de comprensión

1. ¿Por qué Nico y Dani dejaron de hablarse, según lo que cuenta la historia?

2. ¿Qué significa la frase del abuelo «el orgullo se enfría más rápido que las galletas»?

3. ¿Te ha costado alguna vez dar el primer paso para arreglar una amistad? ¿Qué hiciste o qué harías ahora?